

Coords.
Mariano Abad Fernández
Ana I. González González

HOMENAJE, EN SU CENTENARIO, AL RECTOR

TEODORO
LÓPEZ-CUESTA DE EGOICHEAGA



Universidad de Oviedo

2021



Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.



Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento – Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el licenciador:

Abad Fernández, Mariano; González González, Ana I. (coords). (2021). *Homenaje, en su centenario, al rector Teodoro López-Cuesta de Egocheaga*.
Universidad de Oviedo.

La autoría de cualquier artículo o texto utilizado del libro deberá ser reconocida complementariamente.



No comercial – No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas – No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

© 2021 Universidad de Oviedo

© Los autores

Algunos derechos reservados. Esta obra ha sido editada bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional de Creative Commons.

Se requiere autorización expresa de los titulares de los derechos para cualquier uso no expresamente previsto en dicha licencia. La ausencia de dicha autorización puede ser constitutiva de delito y está sujeta a responsabilidad.

Consulte las condiciones de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Esta Editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

Edificio de Servicios - Campus de Humanidades

33011 Oviedo - Asturias

985 10 95 03 / 985 10 59 56

servipub@uniovi.es

www.publicaciones.uniovi.es

ISBN: 978-84-18482-37-3

DL AS 2940-2021

Sumario

Prólogo	11
Ignacio VILLAVERDE, <i>rector de la Universidad de Oviedo</i>	
Prólogo	13
Alfredo CANTELI, <i>alcalde de Oviedo</i>	
SECCIÓN I	
D. Teodoro: recuerdo de un discípulo	17
Mariano ABAD FERNÁNDEZ	
Teodoro López-Cuesta, un rector muy asturiano	23
Santiago GARCÍA GRANDA	
Teodoro López-Cuesta y el pensamiento económico desarrollado en el ámbito asturiano	31
Juan VELARDE FUERTES	
Teo y la tradición de futuro de la Universidad	57
Juan VÁZQUEZ	
Teodoro López-Cuesta: un europeísta con visión de futuro	69
Carmen BENAVIDES y Margarita ARGÜELLES	
Recuerdo personal de Teodoro López-Cuesta	81
José M. ^a ROCA MARTÍNEZ	

Un asturiano en la corte de los padres fundadores de la integración europea: de su devenir universitario al proceso complejo de incorporación española a las CC. EE.	85
JOSÉ ALBA	

El Rector López-Cuesta: la «música extremada» en la Universidad de Oviedo	109
María Encina CORTIZO y Ramón SOBRINO	

SECCIÓN II

Clarín y Posada: una amistad desde los prolegómenos del Grupo de Oviedo	127
Leopoldo TOLIVAR ALAS	

Alma mater	133
Ramón DURÁN RIVACOBA	

Transición democrática y filosofía del Derecho en España (1975-1982)	153
Benjamín RIVAYA	

Las lecciones del Quijote para una acción humanista en el siglo XXI: el arquetipo del caballero como modelo de virtud	171
Joan Francesc PONT CLEMENTE	

SECCIÓN III

Las competencias tributarias en el concierto económico con el País Vasco	185
Santiago ÁLVAREZ GARCÍA	

La prevención del delito fiscal a través de un <i>Compliance</i> penal Corporativo	203
Javier Gustavo FERNÁNDEZ TERUELO	

Recepción del derecho romano a causa del impago de un impuesto: año 1605 ...	215
Beatriz GARCÍA FUEYO y Justo GARCÍA SÁNCHEZ	

Recursos propios y gobernanza en la UE: una aproximación	229
Ana I. GONZÁLEZ GONZÁLEZ	

Las operaciones vinculadas en las sociedades con profesionales	251
José PEDREIRA MENÉNDEZ	

España en bancarrota o lo que no es tradición es plagio	263
Francisco SOSA WAGNER	

Recuerdo personal de Teodoro López-Cuesta

José María Roca Martínez

A la vuelta de un fin de semana, próximo a expirar el mes de junio, el teléfono del despacho me daba cuenta de una llamada perdida de Mariano Abad. Procedí presto a devolverla pues siempre he tratado de conservar una cordial relación con quienes han sido mis maestros y de no desaprovechar cualquier oportunidad de conversar con ellos; Mariano sabe que ocupa un lugar preferente. Me anticipó noticia de la presente publicación que recuerda a Teodoro López-Cuesta de Egocheaga, con ocasión del centenario de su nacimiento, invitándome a participar en la misma, remitiéndome a la posterior información que me había de trasladar Ana Isabel González. Inmediata fue mi respuesta, por igual de agradecimiento y de, por supuesto, aceptación; no dudé y siquiera pensé en las inminentes vacaciones, ni en varios compromisos previos, coincidentes en el tiempo. La conversación posterior con Ana Isabel me brindó la posibilidad de reconducir mi colaboración hacia un entorno más personal que académico, para compartir recuerdos personales en torno a la figura de D. Teodoro.

1. Primer escenario: Luanco

El periodo estival hace que escriba estas líneas en Luanco, esa villa marinera tan querida para Teo y Luisina, aunque bien distinta, en la actualidad, a la que ellos disfrutaron. Y es que mis primeros recuerdos de Teo, entre finales de los 60 y principios de los 70, están ligados a Luanco y a su entonces pequeña y encantadora playa. Por ella paseaba cada verano su inconfundible figura, aliñada con coloridos

trajes de baño, derrochando cordialidad, en especial con los niños a los que siempre nos gastaba alguna pequeña y cariñosa broma. En una ocasión, a bordo de una pequeña embarcación hinchable, junto a un grupo de amigos de los que no creo que ninguno alcanzase tres trienios, desarrollábamos nuestra personal singladura en las proximidades de «el Gayo»; la escasa destreza con los remos asemejaba nuestro rumbo a una irregular espiral de final imprevisible. Cuando las risas de los mayores comenzaron a mezclarse con los suspiros y hasta algún agónico llanto de los más pequeños, notamos un ligero y acompasado impulso por popa que nos fue aproximando a la orilla. El salvador de nuestra pequeña odisea no fue otro que Teo.

El encanto de la pequeña playa casi familiar que se ocultaba con la pleamar dio paso a un amplio arenal que hizo desaparecer el orden de los toldos de Ángeles (año tras año, Teo ocupaba en primera fila uno de pronta retirada por efecto de la marea), el concurso de castillos de arena, la avioneta de El Águila Negra y sus botellines-salero, contribuyendo también a que la figura de Teo, otrora omnipresente en el viejo arenal, se fuera difuminando en el nuevo.

Los veranos de Teo en Luanco están indisolublemente unidos a los Cursos de la Granda, tan meritorios en lo académico, como cortejados en lo gastronómico por lo bien que se agasajaba a los invitados. Junto a Enrique Fuentes Quintana y Juan Velarde, impulsó la Fundación Asturiana de Estudios Hispánicos que durante más de tres décadas asumió la organización de los cursos por los que pasaron personalidades de todo tipo y condición, con el único requisito de ser «primeros espadas» en su actividad, ya fuera esta jurídica, social, económica, científica, musical... Porque si algo caracterizó siempre a La Granda, fue su pluralismo. No en vano, escuché a Teo recordar cómo a comienzo de su andadura, la Caja de Ahorros de Asturias se ofreció a financiar la totalidad del coste de organización de los cursos; con orgullo me explicó que renunciar a tan goloso ofrecimiento le generó innumerables quebraderos de cabeza (le resultaba más fácil comprometer a todo tipo de personalidades que conseguir financiación), pero le dio una libertad de la que de otra manera jamás habría podido disfrutar.

2. Segundo escenario: Universidad

Hablar de D. Teodoro es hablar de la Universidad de Oviedo. Primer rector por elección, no por designación, tuvo el honor y la responsabilidad de regir su destino en un convulso periodo (de 1975 a 1984) durante el cual la institución pasó de tener tres facultades a nueve y de 1000 alumnos a 25 000. Indiscutiblemente fue pieza clave en el proceso democratizador de nuestra Universidad, aunque, paradójicas de la vida, su claustro le negó la reelección y lo «devolvió» a la Cátedra en pleno apogeo socialista. No ocultó su profunda desilusión, pues habiendo sido acusado por la derecha de ser demasiado liberal, reconoció haber sido adelantado por la izquierda.

En ese momento comienza el segundo escenario de mi relato. El curso 1984-85 ve cómo el rector López-Cuesta da paso al profesor López-Cuesta, que vuelve a la Economía Política de 2.º curso. Lo primero que hizo fue organizar un grupo

de «repetidores» al que reconozco haber pertenecido, ganándome un brillante notable como «merecido» premio por mis méritos.

Fueron muchas las ocasiones en que hasta su jubilación (en 1986) y aún después de esta, tuve oportunidad de asistir a infinidad de actos académicos con intervención de D. Teodoro. En 1989, de la mano de Jaime Alberti, me incorporé como secretario a la recién creada E. U. de Graduados Sociales (luego de Relaciones Laborales y más tarde diluida caprichosa e injustificadamente en la Facultad de Economía y Empresa), heredera de la Escuela Social a cuyo impulso y consolidación tanto contribuyó López-Cuesta. Recuerdo de manera muy especial una intervención suya con motivo de la celebración del patrono de la Escuela; sus palabras dieron cumplida cuenta del inmenso cariño que Teo sentía por la Universidad y, por supuesto, por la Escuela. La extensión universitaria y el grupo de Oviedo centraron una exposición plagada de anécdotas, interioridades y vivencias personales, que fue mucho más allá de lo que puede encontrarse en los libros. Años más tarde, como vicedecano con Andrés Corsino en la Facultad de Derecho, repetimos la invitación y nuevamente el orador se ganó al auditorio, si bien, en esta ocasión, he de decir que la verdadera «joya» fue la sobremesa en el Club de Tenis; al relato de anécdotas se unió quien fuera «su» secretario general durante el rectorado, Francisco Sosa Wagner; si Teo puso la sal (con la que ya no aderezaba su comida), Paco contribuyó con su insuperable ingenio. Como insuperable fue la sencilla maniobra con que desmontaron la «parada reivindicativa» espoleada por un joven aprendiz de médico (de regio nombre): fue suficiente abrir las puertas del rectorado y recibir a los manifestantes para dejarlos en evidencia, pues como no esperaban tal acceso, nada fueron capaces de reivindicar.

3. Tercer escenario: Pajares

Pajares es el tercero de los escenarios de mis recuerdos que, ya sea por la proximidad temporal o por la madurez propia de las canas, asumo con especial cariño. Si Luanco fue el centro en época estival, la Estación Invernal de Valgrande-Pajares lo fue durante los inviernos (incluida alguna que otra escapada gastronómica veraniega). Aquí mi recuerdo comienza en los últimos coletazos del pasado siglo y tiene lugar ya como «après ski», pues para Teo, las pistas habían sido sustituidas por la actividad social: disfrutando del Edificio Los Abetos y del Club Alpino Peñaubiña, en Brañillín; y de la parroquia de San Juan Degollado, en Villamanín.

Cada fin de semana accedía a Los Abetos el Range Rover verde, complemento perfecto al lucido porte de Teo, con pelliza, pantalón de pana y un inseparable pañuelo al cuello. Fina ironía y gran sentido del humor acompañaban sus intervenciones en las reuniones de la Comunidad, dando alguna muestra de tozudez hasta que consiguió que se colocase una más que merecida barandilla (en honor a los años) en la escalera de su portal. Dejado de lado el esquí, en lo que mucho tuvo que ver una complicada fractura con larga y pesada escayola, no había ya lugar a preocuparse por el parte de nieve; la gran preocupación de Teo (y Luisina) pasó a ser la compañía vecinal, tranquilizándose una vez confirmaban que algún otro

convecino pernoctaba en el edificio, pues con lógica sensatez trataban de evitar quedarse solos en él.

En el Club Alpino Peñaubiña disfrutó Teo de la compañía de buenos y numerosos amigos; recordar nombres tiene el riesgo de omitir alguno, pero no hacerlo supone omitirlos todos. Me resulta imposible pensar en el Peñaubiña y no recordar a los matrimonios López-Cuesta, Usano, Campa, Lana, Ortega («Malani») y, por supuesto, a Tely Lana. En ocasiones, hay que reconocer que para Carmen (que regentaba el club) podían resultar un auténtico quebradero de cabeza; para mí, solo escuchar sus conversaciones era una privilegiada lección de vida.

La comida daba paso a una escisión hombres-mujeres, ya que mientras los primeros abordaban una plácida (y roncadora) siesta, las segundas se sumergían en un animado parchís sobre un tablero perfectamente enmarcado, hecho ¡¡¡a punto de cruz!!!

Desaparecida la misa que se oficiaba en un garaje de la Estación y cerrada la Colegiata de Arbas, la tarde del sábado solo podía concluir con el oficio religioso en Villamanín, donde Teo tenía reservado sitio preferente en función de la ubicación de «la catalítica» que trataba de acondicionar (con escaso éxito) el gélido templo. Y tras la misa, vuelta al Peñaubiña en cuya chimenea asaban unas deliciosas castañas a las que solo unos pocos privilegiados accedíamos.

Ocasionalmente, fuera de la temporada de esquí, el Peñaubiña también fue escenario de algunos encuentros gastronómicos, para lo que cualquier disculpa era buena: compartir un salmón regalado por un amigo pescador, algo de caza o, simplemente, organizar un arroz en paella.

4. A modo de epílogo

Estos son algunos de mis recuerdos en torno a Teo, ubicados en tres escenarios que, me consta, fueron de indudable importancia para él; todos y cada uno son recuerdos personales, casi todos vividos en primera persona, si bien alguno fue relatado directamente por el protagonista.

Casi medio siglo nos separaba, de ahí que temporalmente sean el reflejo de las percepciones de un niño (Luanco), de un estudiante, primero, y de un joven universitario, después (Universidad) y de un adulto ya con varios quinquenios a la espalda (Pajares). Esas percepciones, en lo sustancial, aun habiendo transcurrido cincuenta años, no han variado. El respeto infantil ante el adulto dio paso al del alumno hacia el profesor, al del joven universitario hacia el veterano y al del adulto hacia el mayor.

Ya sea Luanco, la Universidad o Pajares, en ninguno de los lugares por donde Teodoro López-Cuesta transitó, pasó desapercibido.